

Reinar sirviendo¹

1. Cada año, la liturgia de la Iglesia nos propone, al comienzo de la Semana Santa, la lectura de la Pasión del Señor. Un texto fuerte, inquietante, conmovedor. Una importantísima página de la Biblia que a veces nos da un poco de miedo leer. Una página que siempre nos interpela de modo personal. Pues es una gran verdad que todo eso, cada detalle de su sufrimiento, lo ofreció para salvarnos a nosotros².

Considerar esta realidad es algo conmovedor, repito, pero de ninguna manera triste. Bien sabemos, y es importante subrayarlo, que la muerte de nuestro Salvador, no fue la última palabra que Él nos dirigió. La fe nos recuerda que al tercer día vino la gran luz de su gloriosa resurrección.

La Iglesia invita a sus hijos del mundo entero a escuchar hoy este relato porque está convencida de que contemplando atentamente lo que el Señor padeció por nosotros, nos sentiremos movidos a imitarlo y, en consecuencia, a amarnos y entregarnos unos a otros como Él lo hizo.

2. Si vemos la vida de Cristo en su conjunto, descubriremos en ella una triple función que la tradición siempre le ha reconocido. La función *de enseñar, de santificar y de regir*. Cristo es Maestro (Profeta), Sacerdote y Rey. Otras veces hemos considerado la riqueza insondable de su predicación y enseñanza. O también el modo como santifica a las personas perdonándoles sus pecados o por medio de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía. Hoy quisiera referirme a su peculiar modo de regir, de reinar, que aparece muy notoriamente tanto en la narración de su entrada triunfal en Jerusalén, como en el relato de la pasión en las cuatro versiones del Evangelio.

¿Eres tú el rey de los judíos?, le pregunta Pilato lleno de admiración y respeto al comprobar la nobleza y serenidad con que el Señor soporta las diversas afrentas de su proceso judicial. Y Jesús responde: *Sí, lo soy*³. En la versión de Marcos que acabamos de escuchar, Jesús ya no dice nada, como manso cordero se sumerge en un profundo silencio. Pero san Juan, testigo presencial de los hechos, nos recoge algunos datos adicionales. Ante todo que Jesús consigna que su *reino no era de este mundo*. Para luego añadir la íntima condición de su reinado: *Tú lo has dicho. Soy rey. Yo nací y vine al mundo para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz*⁴.

Cristo Rey vino a revelarnos la Verdad. Sobre todo la verdad sobre el hombre mismo. Como enseña el último concilio: *el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Pues Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, de Cristo, el Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del*

¹ Homilía en el Domingo de Ramos, Ciclo B, 2018.

² Cfr. San Josemaría Escrivá, *Santo Rosario*, Quinto Misterio Doloroso.

³ Evangelio, *Marcos*, 15, 2.

⁴ *Juan* 18, 37.

*misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación*⁵.

3. Al conocer la vida de Cristo el hombre descubre su propia dignidad y su misión. Conociendo la realeza de Cristo, el hombre descubre también su *realeza* que no tiene mejor expresión que el servicio. Bien sabemos que el Señor, nuestro Rey, *no vino a ser servido, sino a servir*⁶. Y, atinadamente, puntualizaba san Juan Pablo II: *Si a la luz de esta actitud de Cristo se puede verdaderamente “reinar” solo “sirviendo” a la vez el “servir” exige tal madurez espiritual que es necesario definirla como el “reinar”. Para poder servir digna y eficazmente a los otros, hay que saber dominarse, es necesario poseer las virtudes que hacen posible tal dominio*⁷.

Esa serena majestad brilla en toda la vida del Señor pero resulta especialmente evidente en el relato de la Pasión. El modo como sobrelleva las burlas de sus enemigos, el estar atento a la salvación del buen ladrón, el mirar al discípulo amado y confiárselo a su Madre y viceversa, confiar la Madre al propio discípulo. Y tantos otros detalles, reflejan un completo dominio de sí mismo, en circunstancias más que extremas.

Reflexionando sobre el inconfundible estilo del reinado de Cristo, se entiende que san Josemaría comentara: *Servicio. ¡Cómo me gusta esta palabra! Servir a mi Rey y, por Él, a todos los que han sido redimidos con su sangre. ¡Si los cristianos supiésemos servir! Vamos a confiar al Señor nuestra decisión de aprender a realizar esta tarea de servicio, porque sólo sirviendo podremos conocer y amar a Cristo, y darlo a conocer y lograr que otros más lo amen*⁸.

4. Quiera Dios que estas consideraciones nos ayuden a enfocar del mejor modo las próximas vacaciones. Que vayamos a los encuentros familiares y sociales de estos días, tanto si nos quedamos en la ciudad como si salimos, con un genuino y cristiano *espíritu de servicio*. Sin olvidar aquella frase tan expresiva de nuestro patrono: *para servir, servir*. Entrarle a las cosas de todos los días, sin especiales miramientos, sino con el único afán de ayudar a los demás, de ser útiles.

5. Así vivió Cristo y así vivió también, la madre de Cristo, la Virgen María que no quiso ser otra cosa que la *esclava del Señor*⁹.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 25 de marzo de 2018

⁵ *Gaudium et spes*, n. 22.

⁶ *Mateo* 20, 28.

⁷ SAN JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, n. 21.

⁸ SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, n. 182.

⁹ *Lucas* 1, 38.